

Tierra y Libertad

Número sueltos: 3 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares 1'00 ptas.
 Suscripción: España un trimestre 1'00 »
 » Extranjero » 1'50 »

Gimnasia intelectual

leyendo ciertos periódicos, vemos con asombro que al lado de una prédica política y de servil endiosamiento del caudillo tal, florece una literatura anárquica, derrumbadora de creencias y prejuicios. La labor de esos periódicos es, pues, en parte, labor anárquica.

Hogariámonos con ella, por cuanto que más vale sean cien bocas las que divulguen nuestras concepciones, que no una sola ó un corto reducido número de ellas. Alcanzan á más, indudablemente.

Pero como al par de esa divulgación de nuestras ideas respecto al capital y el trabajo, la libertad y la esclavitud, la igualdad y la inferioridad, se hace la apología de Juan y Pedro, elevándolos á la categoría de superhombres, infalibles é indiscutibles, y se prestigia una disciplina coartadora de toda iniciativa y libertad, haciendo caer en el servilismo y la idolatría á esos mismos á quienes se les habla de libertad y emancipación, resulta que la propaganda de esos periódicos es por entero nula, por contradictoria y en consecuencia estéril.

Si los hombres tuvieran arraigado el espíritu de crítica, la facultad de discernir, sería útil esa labor de los periódicos de referencia, pues á poco que meditasen los lectores podrían separar lo que en ella hay de verdadero, de útil, y lo que tiene de falso, de insincero, de mezquinamente interesado.

Desgraciadamente esa facultad de crítica, esa condición de discernir, es la que más escasea en las multitudes. A lo sumo la crítica se reduce á lo personal, á los pequeños defectos de cada uno, á las miserias humanas. La alta crítica, la que va á las ideas más que á los individuos, esa no existe por lo general.

Sugestionados los individuos por el gesto del tribuno, el estilo del escritor, la acción estudiada del propagandista, los espectadores se convierten en secuaces de su ídolo y van á donde éste les indica y obran como él quiere aún sin percatarse de si en un momento dado lo que les dice está en contradicción con lo que en otra hora les dijera. Un argumento capcioso, cualquier habilidad de leguleyo, es suficiente para desvanecer un principio de desconfianza, contribuyendo á esto más que nada el influjo adquirido y la disciplina impuesta y desarrollada cuidadosamente para que en su tiempo pueda servir de contrapeso á cualquier propósito de independencia individual.

Si los hombres no se llaman á engaño, si los hombres siguen ciegamente en sus evoluciones á sus guías, de poco ó nada sirve que éstos les hablen en determinados momentos en amplio sentido libertario.

Por esto nosotros creemos que la facultad más excelsa de todas las facultades, la que es necesario estimular, fomentar, hacer surgir en los hombres, es la de opinar, la de analizar, la de raciocinar, la de discernir por sí mismos, procurando rechazar toda sugestión, toda idea hecha, todo preconcepto ajeno.

Hacer pensar, podría decirse en una palabra que es lo más necesario, para que los individuos lleguen á conocer qué es lo que les interesa, cuales son la paja y el grano del discurso de otro.

Difícil es, indudablemente, llegar á este fin. Pereza intelectual en casi todos; atrofiamiento mental en otros; escasez de conocimientos en muchos; la formidable fuerza sugestiva del papel impreso y la elocuencia tribunicia, se oponen poderosamente á que los hombres piensen por sí mismos.

Sin embargo, necesario es hacer cuanto sea posible porque esos factores desaparezan. Y para ello nada más útil é indispensable que la acción del maestro con los niños y la individual entre los hombres.

Despertar en las criaturas la facultad de observar, comparar y deducir, acostumbrándolas á una gimnasia intelectual, preparadora de la mentalidad, es tarea que incumbe al profesor y á los padres.

Hay que aprovechar la curiosidad infantil que todo lo inquiere y pregunta, para estimular la actividad mental, no ya contestando netamente á sus preguntas, puesto que así, si bien es cierto que aprenden y los que tienen buena memoria llegan á ser lindos fonógrafos, loros eruditos, también es cierto que se hacen perezosos intelectualmente, enfermedad esta que es la característica de casi todos los proletarios y de gran parte de la burguesía, por los defectuosos sistemas de enseñanza en vigancia, sino haciéndoles que

ellos mismos piensen y digan en qué creen consiste ó qué creen es lo que preguntaban. objetándoles después, para que rectificando su opinión, lleguen poco á poco á dar con la contestación que pedían. Así se aprende de verdad y se ejercita la facultad de pensar, acostumbrándose uno á tener opinión propia bien fundamentada y se libra el pensamiento de las sugestionaciones de los vividores de toda laya.

Discutir con los compañeros y amigos, haciéndoles fundamentar su opinión, exigiéndoles el por qué y el cómo de las ideas que digan sustentar, es obra que todos podemos hacer y en la que cabe hasta sostener lo contrario de lo que en verdad uno piensa para que así, de la contradicción surja en el contrario el argumento preciso y necesario, el fundamento cierto de sus ideas.

No importa que la vanidad del polemista nazca en estas disquisiciones y que un prurito de contradecir se apodere de algunos. El mal es pequeño en compensación con el bien que han de reportar á los demás la polémica y la contradicción. Una agilidad mental grande llegará á ser condición de todos y cuando alguno de esos prestigiosos nos quiera subyugar con el oropel de su palabra hablada ó escrita, tendremos la suficiente independencia de espíritu para que no nos sugestionen, para que no nos embauque.

Así se fundamentan bien las ideas y se evita el que la propaganda, en muchos puntos anárquica, que hacen ciertos periódicos aún encubriéndola con remoqueos republicanos, se pierda por entero, como sucederá indudablemente si no se procura que piensen en ella y en las contradicciones que en esos mismos diarios hay, sus habituales lectores.

La Anarquía

La concepción anarquista tal cual se concibe hoy

Si antes de 1848, y más tarde hasta la Commune, la revuelta contra el Estado, representada sobre todo por jóvenes burgueses, tomaba el carácter de una rebelión del individuo contra la sociedad y su moral convencional, ahora, en los medios obreros, esta rebelión toma un carácter más profundo. De ello resulta la busca de una forma de Sociedad libre de la opresión y de la explotación con la ayuda del Estado.

La Asociación Internacional de los Trabajadores, en la idea de sus fundadores obreros, debía ser, bien lo hemos visto, una vasta Federación de agrupaciones de los trabajadores, que representaban en germen lo que puede ser una sociedad regenerada por la revolución social: una sociedad en la cual los rodajes actuales del gobierno debían desaparecer para dejar sitio á los nuevos lazos que surgieran entre las federaciones de productores y de consumidores.

El ideal anarquista cesa así de ser individual; se hace societario.

A medida que los trabajadores de ambos mundos se conocen directamente y entran en relaciones directas por encima de las fronteras, comprenden mejor las condiciones del problema social y adquieren la conciencia de sus propias fuerzas.

Entreven éstos que si el pueblo entra en posesión de la tierra, y si los trabajadores industriales toman posesión de las fábricas y de los establecimientos industriales, se hacen gerentes de las industrias y las dirigen hacia la producción de aquello que es necesario para la vida de la nación, llegarían sin dificultad á suplir con largueza todas las necesidades de la sociedad. Los progresos recientes de la ciencia y de la técnica se presentan garantes. Y entonces, los productores de las diversas naciones sabrán bien establecer entre ellos el cambio internacional sobre bases equitativas. Para los que conocen de cerca el establecimiento industrial, la fábrica, la mina, la agricultura, el comercio, es de toda evidencia.

Al propio tiempo un número siempre creciente de trabajadores se ha apercibido de que el Estado con su jerarquía de funcionarios, y el peso de sus tradiciones históricas, no podía más que retardar el nacimiento de una nueva sociedad.

Desarrollada en el curso de la historia, para establecer y mantener el monopolio de la propiedad territorial en beneficio de una clase—que por esto mismo resulta la clase dominante por excelencia—qué medios puede ofrecer el Estado para abolir ese mono-

polio, que la clase obrera no encuentre en su propia fuerza y sus agrupaciones: Perfeccionado en el trascurso del siglo XIX para asegurar el monopolio de la propiedad industrial del comercio y de la banca á nuevas clases de enriquecidos, á los cuales el Estado abastece de «brazos» á buena cuenta, quitando la tierra á las comunas campesinas y reventando á los cultivadores con impuestos—¿qué ventajas podía ofrecer el Estado para abolir esos mismos privilegios? Su máquina gubernamental, desarrollada en vista de la creación y del sostén de esos privilegios, ¿podía servir ahora para abolirlos? La nueva función no demandaría nuevos órganos: Y esos nuevos órganos; ¿no debían estar creados ahora por los obreros mismos en sus uniones, sus federaciones, absolutamente fuera del Estado?

Desde el momento en que los monopolios constituidos y solidificados por el Estado habrían cesado de existir, el Estado no tenía más razón de ser. Nuevas formas de agrupaciones deberían surgir, en momento en que las relaciones entre los hombres no serían ya relaciones de explotados y explotadores. La vida se simplificaría desde que el mecanismo que existía para permitir al rico explotar el trabajo del pobre dejaría de ser necesario.

La idea de comunas independientes para las agrupaciones territoriales, y de vastas federaciones de oficios para las agrupaciones para funciones sociales,—las dos se complementan y se prestan apoyo para satisfacer las necesidades de la sociedad,—prescribe á los anarquistas concebir de una forma concreta, real, la organización posible de una sociedad libre. No había más que unir las agrupaciones por afinidades personales—agrupaciones sin número, variando al infinito, de larga duración ó efímeras, surgirían según las necesidades del momento para todos los objetos posibles—agrupaciones que nosotros hemos visto surgir en la sociedad actual, fuera de las agrupaciones políticas y profesionales.

Estas tres suertes de agrupaciones, cubriéndose las unas á las otras, llegarían así á permitir la satisfacción de todas las necesidades sociales: el convenio; la producción; el cambio; las comunicaciones; los trabajos sanitarios; la educación; la protección mutua contra las agresiones; la mutua ayuda; la defensa del territorio; la satisfacción, en fin, de las necesidades científicas, artísticas, literarias, de diversión, etc. El todo—siempre lleno de vida y siempre presto á responder por las nuevas adaptaciones á las nuevas necesidades y á las nuevas influencias del medio social é intelectual.

Si una sociedad de ese género se desarrollara en un territorio bastante extenso y bastante poblado, para permitir la variedad necesaria de los gustos y de las necesidades, se percibiría bien pronto que la existencia de la autoridad, cualquiera que sea, sería inútil. Inútil para mantener la vida económica de la sociedad, y lo sería también para impedir la mayor parte de los actos antisociales.

En efecto, el impedimento más serio para el desarrollo y sostenimiento en el Estado actual del nivel moral necesario para la vida en sociedad, consiste ante todo en la ausencia de igualdad social en el Estado. Sin igualdad—«sin igualdad de hecho» como se decía en 1793,—es absolutamente imposible el sentimiento de justicia generalizarse. La justicia no puede ser más que igualdad, y los sentimientos de igualdad son desmentidos hoy á cada paso, á cada instante, en nuestras sociedades, divididas en clases. Se necesita la práctica de la igualdad para que el sentimiento de justicia hacia todos, entre en las inclinaciones y hábitos. A eso se llegará en una sociedad de iguales.

Entonces, la necesidad de la violencia, ó más bien, el deseo de recurrir á la violencia, no se haría sentir. La libertad del individuo dejaría de ser limitada, como lo es hoy, tanto por el temor de un castigo, legal ó místico, como por la obediencia á individuos reconocidos superiores ó á entidades metafísicas, creadas por el temor ó la ignorancia, eso que mueve en la actual sociedad á la servidumbre intelectual, á la depresión de la iniciativa personal, al rebajamiento del nivel moral, á la paralización del progreso.

En un medio igualitario, el hombre podrá con toda confianza dejarse guiar por su propia razón que, desnuda en ese medio, llevará necesariamente la marca de las costumbres sociales del medio y podrá alcanzar el desarrollo completo de todas sus facultades.

des,—el pleno desenvolvimiento de su individualidad; mientras que el individualismo preconizado por la burguesía como un medio «para las naturalezas superiores» de llegar al completo desarrollo del ser humano, no es más que un engañoso cebo.

El individualismo que ellos preconizan, es al contrario el obstáculo más seguro al desenvolvimiento de toda individualidad sobresaliente.

En el seno de una sociedad que persigue el enriquecimiento individual, y que, por eso mismo está condenada á la miseria en su generalidad, el hombre más inteligente está reducido á una áspera lucha, sólo para procurarse los medios necesarios al sostenimiento de su existencia.

En cuanto al reducido número de esos que llegan á conseguir además ciertas ventajas necesarias para el libre desarrollo del individuo, la sociedad actual no los consiente más que con una condición: la de someterse al yugo de las leyes y de los usos de la mediocridad burguesa: la de jamás comoverla por una crítica demasiado penetrante ó por actos revolucionarios.

Son admitidos al «pleno desenvolvimiento de su individualidad» solamente aquellos que no ofrecen ningún peligro para la sociedad burguesa; aquellos que son interesantes para ella, sin ser jamás peligrosos.

Los anarquistas, lo tenemos dicho, se basan en sus previsiones para el porvenir sobre la observación propia.

En efecto; cuando analizamos las tendencias que dominan en las sociedades civilizadas, desde el fin del siglo XVIII, constatamos que la tendencia centralista y autoritaria es todavía muy fuerte en los medios burgueses y en los obreros que han recibido una educación burguesa y tienden á hacerse burgueses á su turno. Pero la tendencia anti-autoritaria, anticentralista y antimilitarista y la idea de libre acuerdo, se dibujan también, muy marcadamente entre los obreros como en los individuos más instruidos y más ó menos libres de espíritu de las clases intelectuales de la burguesía.

Así como ya lo he demostrado en otra parte (*La Conquista del Pan, El Apoyo mutuo*), existe actualmente una fuerte tendencia á constituirse libremente fuera del Estado y de las iglesias, en millares y millares de agrupaciones para satisfacer toda suerte de necesidades económicas (agrupaciones de ferrocarriles, sindicatos obreros, de patronos, etcétera), políticas, intelectuales, artísticas, de educación, de diversión, de propaganda y otras. Eso que otras veces representaba funciones incontestables del Estado ó de la Iglesia, entra hoy en el dominio de la acción de las agrupaciones libres. Esta tendencia se acentúa á simple vista. Ha bastado que un soplo de libertad haya limitado el poder ciego de la Iglesia y del Estado para que las organizaciones voluntarias surgieran por millares. Y se puede prever que desde que nuevas limitaciones del poder de esos dos enemigos seculares de la libertad les sean impuestas, las agrupaciones libres extenderán mucho más sus esferas de actividad.

El porvenir y el progreso van en esta dirección, y la anarquía reúne el uno y el otro.

PEDRO KROPOTKINE

(Continuará)

CARTA PÚBLICA

Al señor Portela, abogado, diputado, gobernador de Barcelona, conferenciante policial, etc.

Sin duda alguna, usted, señor Portela, no ha sentido nunca fija en sus espaldas la mirada de un hombre. Esa tortura, esa insistencia, esa grosera indiscreción que molesta á los hombres no menos que á las mujeres —y eso que éstas saben hay en esas miradas tanto de admiración como de ofensivo—no sabe usted, repetimos, lo mortificante y penoso que es.

Es mirada punzante como un estileto; abrumadora como capa de plomo.

Y si esa mirada perdura horas y horas, el día entero y un día y otro día, y otro y otro y siempre, es capaz de hacer enloquecer, de producir en un cerebro medianamente débil esa enfermedad terrible que se conoce con el nombre de *manía de las persecuciones* y que al llegar á su período álgido se convierte infaliblemente en manía agresiva, en locura furiosa, en una especie de *delirium tremens* sin base de alcohol pero con finalidad sangrienta.

Usted que es abogado, diputado, gobernador y conferenciante, debe poseer la sufi-